

a l'ombra de l'alzina  
a la sombra de la encina  
à l'ombre du chêne  
all'ombra della quercia  
Magdalena Aulina

15/10/2017

*“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo;  
pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24)*

Nos encontramos de nuevo juntos después de la larga pausa de verano. Es agradable reencontrarnos y comenzar el segundo centenario de la Obra de Magdalena Aulina, agradeciendo al Señor todo lo que se ha podido realizar en el año centenario, el “Mayo Auliniano”, y rogándole que siga protegiendo y guiando al Instituto y a todas las personas de la Familia Auliniana. Con profunda emoción podemos constatar que el grano de trigo, “caído en tierra y muerto”, ha dado mucho fruto. Con la ayuda de Dios, confiamos en que continuará dando fruto por otros cien años, ¡y todavía por más!

Es bueno comenzar de nuevo con María, que la invocamos como nuestra Señora del Rosario. Fue precisamente el rezo del Rosario el que marcó el comienzo del “Mayo Auliniano” hace cien años.

Juntos, rezamos cantando: *«María, Madre nuestra, haced que, con gran devoción, recemos este Rosario...te damos gracias de todo corazón por las gracias que has derramado en Casa Nostra con tanto amor...»* (Canción 7.7 [248]).

El Rosario es la devoción que resume perfectamente las alegrías, los sufrimientos y las glorias de María, asociadas con las de su Hijo divino. En cada misterio hay una oración y un compromiso.

Que la oración del Rosario nos una desde una parte a la otra de la tierra: que la cadena del “Ave María” nos sostenga y nos ayude en la “escalada hacia el Cielo”, dándonos un horizonte infinito de esperanza y de amor.

Éste es el mensaje que “a la sombra de la encina” quiere hacer llegar a todos los amigos-lectores, a las familias, a los jóvenes, a los ancianos, a los enfermos.

Deseamos que Magdalena Aulina –mujer clarividente y fuerte, mujer sencilla y del hacer diario– continúe acompañando nuestros días como compañera y amiga que nos sostiene y nos da fuerza en los días oscuros y en los soleados.

Ella ha sido una mujer de fe, que ha creído “ciegamente” en Jesús y en su amor. Sabía esperar contra toda esperanza, pues estaba segura de que Dios nunca la abandonaría.

Que Magdalena nos ayude a ser “misioneros de la esperanza”, como nos ha dicho el papa Francisco. Es decir, *«cristianos capaces de abrir espacios de esperanza, como células de renegación capaces de restituir linfa. Personas que propagan la esperanza con su manera de acoger, de sonreír, de amar. Sobre todo de amar: porque la fuerza de la resurrección hace que los cristianos puedan amar incluso cuando parece que el amor ha perdido sus razones, porque , ningún mal es infinito, ninguna noche dura sin fin, ningún hombre está definitivamente equivocado y ningún odio es invencible por el amor ».*

